

CONDICIONES.

Este periódico se publica todos los días, excepto los lunes, á las siete de la mañana.

Suscripción en la capital. \$ 2 00 al mes. Fuera de la capital....\$ 2 50 „ „

Los números sueltos valen 12 cs.

DESPACHO.

Calle de Ortega número 34, cerca de la esquina de la calle de las Datas.

LA LIBERIA

PERIODICO DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA Y MEJORAS MATERIALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Despacho de La IBERIA.
Librería Madrileña, portal del Aguilón de Oro.
Antigua Librería del portal de Agustinos.
Despacho de la imprenta donde se publica.

AVISOS.

Dirigirse al Despacho de LA IBERIA, y á la Agencia general, calle de Cadena número 24.

AÑO V.

MEXICO, Martes 18 de Julio de 1871.

NUM. 1313

CALENDARIO

JULIO.

Martes 18.—Santa Marina virgen y mártir y San Arnulfo obispo mártir.

Ojeada sobre la conquista, los conquistadores, el gobierno colonial, etc., etc.

(CONTINUA.)

Mucho hemos dicho ya sobre los excesos con que se mancharon las glorias de la conquista, y no hay para qué repetirlo. Aquellos excesos, cometidos inmediatamente después de la lucha, no quitan á la metrópoli la gloria de haber gobernado bien después, así como la anarquía y los horrores de que fué teatro la Alta California en los días que siguieron inmediatamente al descubrimiento de los placeres de oro, no quitan á los Estados Unidos la gloria de haber establecido allí más tarde una sociedad bien organizada.

Mucho tuvo que hacer España para crear casi al mismo tiempo gobiernos regulares en toda la extensión de la América. Solamente los que han puesto la mano en esta clase de asuntos, pueden concebir una idea cabal de aquel trabajo. Pregúntese á cualquiera gobernante de hoy, á los que hayan tenido que organizar un Estado nuevo en esta República, y ellos dirán cuánta inteligencia, cuánta laboriosidad y cuántas vigilias cuesta llevarlo á cabo. Dígase, por ejemplo, al actual gobierno de México, que desde mañana tendrá que agregar á sus trabajos de hoy el de crear el orden político, administrativo y económico de una nueva comarca cien veces mas grande que toda la República, poblada por hombres desconocidos, enteramente distinta por sus climas, elementos y producciones, y situada á miles de leguas de aquí al otro lado de los mares; y estamos seguros de que el Presidente y los ministros temblarán ante la inmensidad de semejante tarea.

Esto fué sin embargo lo que hizo el gobierno español con la América desde un rincón de Madrid. Medio siglo después de los primeros descubrimientos estaba ya arreglado en toda ella el orden político, administrativo, económico y religioso que se conocía y empleaba en aquellos tiempos: el de Nueva España quedó completamente organizado durante la administración de los dos primeros virreyes, unos treinta años después de la conquista.

La primera forma de gobierno que se adoptó fué la municipal, es decir, la forma primitiva y natural de los gobiernos populares: en los Ayuntamientos residía el poder supremo del país, y hasta el mismo conquistador

con toda su gloria y sus laureles, se sometió á sus resoluciones. Después gobernaron las Audiencias, como representación del principio fundamental de toda sociedad humana, la justicia. Al fin se dispuso que el poder supremo residiera en altos personajes que se llamaban virreyes, porque hacían las veces del rey; y tenían todas las atribuciones que requería aquel cargo, aunque su autoridad estuvo siempre limitada por la intervención que en su ejercicio tuvieron siempre para muchos casos las Audiencias y los Ayuntamientos.

Este simple recuerdo basta para demostrar que el gobierno de México mientras dependió de España, tuvo siempre algo de popular, de republicano y democrático. Fué de hecho una especie de gobierno representativo, pudiendo decirse que los virreyes representaban á las altas clases sociales, las Audiencias á las clases medias y los Ayuntamientos al pueblo.

De los virreyes se ha dicho, unas veces, que eran unos entes ridículos, parodias del monarca, y otras, que eran espantosamente tiranos y opresores. Hemos visto más de una vez estas afirmaciones contradictorias en un mismo artículo. Se ha dicho también que no hacían mas que presidir procesiones, celebrar las juras de los reyes y los alumbramientos de las reinas y virreinas; que ignoraban las necesidades del país; que vivían en perpetua ociosidad, sin otra ocupación que la de enriquecerse saqueando, vejando y oprimiendo á los indios.

La historia dice todo lo contrario; y si nosotros tuviéramos tiempo y espacio para aducir todos sus testimonios, se vería esto palpablemente.

Los virreyes eran casi siempre hombres muy notables por su inteligencia, por su saber, por su larga práctica en los negocios públicos; y además de esto, la ley y la costumbre tenían señalados medios eficaces y seguros de hacerles conocer las circunstancias y necesidades del país cuyo gobierno se les confiaba. El Ministro de Indias les daba al nombrarlos, una instrucción minuciosa, por escrito, de todo lo que aquí pasaba y de lo que debían hacer para desarrollar los elementos materiales y morales del país en todos los ramos y en todos sentidos; el Consejo de Estado les daba otra instrucción; el Supremo Consejo de Indias, otra; y cuando llegaban á México, recibían las que por ley tenían obligación de dejar los virreyes salientes á sus sucesores.

A propósito de las instrucciones que cada virrey debía dejar á su sucesor, deseáramos que los que hablan de aquella época, leyeran

las que existen, porque ellas son la vindicación más flagrante del gobierno de España en México.

En 1544 el primer virrey, D. Antonio de Mendoza, decía entre otras cosas en la instrucción que dió á su sucesor: «Lo primero que siempre S. M. me ha mandado, ha sido encargarme la cristiandad y buen tratamiento destos naturales.» Y después le recomendaba que los recibiera siempre en su palacio y escuchara sus quejas ó demandas, aunque fueran muchos y molestos; que no permitiera que sus antiguos caciques los vejáran; que procurara su instrucción en las artes, los oficios y la doctrina; que los tratara como á hijos. Después hablaba de colegios, escuelas, hospitales y otros establecimientos benéficos que se habían fundado ó debían fundarse, y recomendaba que se continuáran fabricando paños y plantando moreras para que se labrara gran cantidad de seda. Ya entonces era tan marcada la predilección del gobierno por los indios, que el virrey decía: «Los españoles exclaman que los he destruido, y tienen razón.»

En 1580 D. Martín Enriquez decía en la instrucción á su sucesor: «Para lo que S. M. principalmente nos envía acá, es para lo tocante á los indios y su amparo.» También recomendaba á su sucesor que fomentara las lanas y sedas de la Misteca, la grana de Tecamachalco, el cultivo del cáñamo y del lino, etc. Quería que los indios se dedicaran «á la cría de gallinas y otras menudencias,» y aconsejaba á su sucesor que visitara la tierra para conocerla y gobernarla bien, como el rey lo tenía mandado. Proponía que se establecieran alhóndigas para evitar los abusos que en la venta de cereales cometían los ricos «y aun algunos de bonete.» Hablaba de las murmuraciones y quejas con que molestaban al gobierno los descendientes de los conquistadores; porque no se les daban todos los empleos: decía que con la esperanza de ser empleados, no trabajaban y vivían en continua ociosidad; y añadía: «No les fiaría yo (á muchos de ellos) ni una vara de almotacen.»

En 1607 el marqués de Montes Claros dirigió una exposición al rey, toda en favor de los indios. Por cierto que hablaba duramente de los frailes [ya no eran los varones apostólicos del siglo anterior], manifestando que á título de protectores, eran los que más oprimían á los indios, y pedía una cédula que pusiera coto á sus abusos. Decía el virrey en su exposición, con la noble entereza que está muy lejos de confirmar la tacha de bajo servilismo que suele achacarse á aquellos tiempos: «.....yo no hallo por dónde sea mo-

nor la obligación que V. M. tiene de dar á los conquistados persona á propósito que los mantenga en justicia, que á los conquistadores premio de sus obras.» También hablaba lo mismo que Enriquez de las quejas de los hijos de los conquistadores.

En 1673 el marqués de Mancera se quejaba de que los indios eran blanco de la codicia de los españoles, y pedía á su sucesor que lo impidiera y lo castigara. Protestaba sin embargo enérgicamente contra los extranjeros que censuraban al gobierno de la colonia, y decía, entre otras cosas, que los indios se habían multiplicado mucho en su tiempo. Hablaba largamente de las inundaciones, del desagüe, de las acequias, de todo género de mejoras materiales, de los establecimientos de beneficencia, de la Hacienda pública. Tachaba de impía y vana la antigua máxima de dividir para reinar, y censuraba con noble franqueza, la prohibición decretada poco antes, de hacer comercio de seda con el Perú. En esta instrucción notabilísima encontramos dos cosas importantes que explican algunos hechos posteriores: primera, que el sistema político y el modo de aplicarle habían creado hábitos de igualdad en la sociedad mexicana; «el caballero es mercader, decía el virrey, y el mercader es caballero;» segunda, que los nacidos en Indias miraban con desagrado á los que venían de España. Proponía como remedio de esto último, agasajar por igual á unos y otros, y emplearlos sin distinción según sus méritos.

En 1717 el duque de Linares repetía las mismas ideas que sus antecesores con respecto á los indios, á los establecimientos públicos y á todo género de progresos. Su instrucción es una de las más notables. Pinta en ella con vivísimos colores la relajación que reinaba en todas las clases de la sociedad, é indica lo que podía hacerse para reformar las perversas costumbres. Lamentase de las limitaciones que tenía la autoridad de los virreyes, y refuta con frases de profunda indignación la especie que ya entonces solía correr de que venían á mudar de aires. Aconsejaba á su sucesor que no hiciera caso de tales calumnias, y decía: «de versos y sátiras me rio, porque lo que intentan es desazonarnos, y la forma de su castigo es el desprecio.»

En 1754 el conde de Revillagigedo [el primero de este título que fué virrey de Nueva España] recomendaba á su sucesor que hiciera cumplir las leyes favorables á los indios, reprimiendo á los curas, alcaldes y hacendados que los vejaban; que no empleara la fuerza mientras no estuviera agotada la

suavidad; que persiguiera el latrocinio y la embriaguez, vicios dominantes de la época; que se emplearan contra los malhechores medidas preventivas, más bien que castigos. Hablaba del desagüe, de las calzadas, de los caminos, del Palacio, la Casa de moneda y otros edificios públicos, de los presidios y misiones, de la fundación de pueblos. Quería que se levantáran las prohibiciones para que se aumentáran las fábricas y tuviera el pueblo trabajo. Desmentía también las murmuraciones sobre granjerías de los virreyes, y declaraba que los juicios de residencia contra ellos eran una práctica viciosa, porque les coartaba la libertad para ser severos, por temor á las venganzas de los que pudieran ser objeto de sus severidades.

En 1760 D. Francisco Cagigal y en 1789 D. Manuel Antonio Flores, revelan en sus instrucciones la misma solicitud por el bien público, y el mismo empeño por que florecieran en el país las ciencias, las letras y las artes, y porque se desarrolláran en él todos los ramos de comercio y de industria.

En 1794 el conde de Revillagigedo, segundo virrey de este título, el mejor de los virreyes, el grande hombre de su época, el sabio, humanitario y heróico gobernante cuya memoria es querida y respetada en México como la del más esclarecido de sus bienhechores, dió á su sucesor la instrucción que prevenían las leyes. Esta instrucción puede considerarse como un tratado completo de política y administración para el gobierno de Nueva España, como una historia de lo que se había hecho antes de aquel virrey y en su tiempo para engrandecerla, y como un cuerpo de doctrinas, consejos y observaciones sobre las mejoras y reformas que debían hacerse para lograr aquel objeto. De todo habla el gran virrey con la lucidez de un sabio y la solicitud de un padre del pueblo: y no citamos expresamente nada de lo que dice, porque esta instrucción es muy conocida, y no queremos desvirtuar con superficiales citas la inmensa importancia de aquel trabajo que todavía hoy debieran estudiar los funcionarios públicos, á pesar de los adelantos de la época, para gobernar bien la República.

En 1797 el marqués de Branciforte indicaba á su sucesor los importantes documentos del Archivo que podían servirle de guía para el gobierno, le recomienda que procure multiplicar las escuelas para los indios, y le hace un cumplido elogio de las corporaciones civiles y eclesiásticas que podían darle consejos y servirle de apoyo en el cumplimiento de sus deberes.